

de sus historiadores, tuviese ciudad que pudiese hacer el oficio del corazón, que su principado y asiento está en el medio del cuerpo para ministrar igualmente su virtud á todos los estados ⁽¹⁾.» Idea y determinación que el tiempo, la experiencia, la razón y el buen sentido han juzgado de una manera poco favorable al talento de aquel monarca.

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II. vuelto, dice que Felipe II. trajo la lib. V., cap. 9.—Quintana, en las córtes desde Toledo á Madrid el Grandezas de Madrid, fól. 334, año 1563.

CAPITULO III.

AFRICA.

LOS GELBES.—ORAN.—EL PEÑON DE LA GOMERA.

De 1559 á 1564.

Petición de las Córtes al rey sobre los corsarios moros que estragaban las costas de España.—El gran maestre de Malta y el virey de Sicilia solicitan los ayude á recobrar á Trípoli de Berbería.—Felipe II. les envia una flota.—Salida de la expedición.—Primeros desastres.—Arriba la armada á los Gelbes.—Toma del castillo.—Piérdese lastimosamente la armada.—El almirante turco Pialy y el terrible corsario Dragut.—Sitian y atacan el fuerte.—Don Alvaro y los capitanes españoles son llevados cautivos á Constantinopla.—El virey de Argel intenta conquistar á Oran y Mazalquivir.—Nueva armada española en Africa.—Hace retirar al virey.—Expedición enviada por Felipe II. á la reconquista del Peñon de la Gomera.—Frústrase esta primera empresa.—Segunda y mas numerosa armada contra el Peñon.—Don García de Toledo.—El corsario Mustafá.—Recobran el Peñon los españoles.—Grandes proyectos del gran turco contra el rey de España.

«Otro sí decimos (le decian al rey Felipe II. los procuradores de las ciudades en las Córtes de Toledo de 1560), que aunque V. M. ha tenido siempre relación de los daños que los turcos y moros han hecho «y hacen andando en corso con tantas vandas de ga-

«leras y galeotas por el mar Mediterráneo, pero no ha
«sido V. M. informado tan particularmente de lo que
«en esto pasa, porque segun es grande y lastimero el
«negocio, no es de creer sino que si V. M. lo supiese,
«lo habria mandado remediar: porque siendo como
«era la mayor contratacion del mundo la del mar Me-
«diterráneo, que por él se contratava lo de Flandes y
«Francia con Italia y Venecianos, Sicilianos, Napolita-
«nos y con toda la Grecia, y aun Constantinopla, y
«la Moréa y toda Turquía, y todos ellos con España, y
«España con todos: todo esto ha cesado, porque andan
«tan señores de la mar los dichos turcos y moros cor-
«sarios, que no pasa navio de Levante á Poniente, ni
«de Poniente á Levante que no caiga en sus manos: y
«son tan grandes las presas que han hecho, asi de chris-
«tianos cautivos como de haciendas y mercancías, que
«es sin comparacion y número la riqueza que los di-
«chos turcos y moros han avido, y la gran destruicion
«y assolacion que han hecho en la costa de España:
«porque dende Perpiñan, hasta la costa de Portugal las
«tierras marítimas se están incultas, bravas, y por la-
«brar y cultivar; porque á cuatro ó cinco leguas del
«agua no osan las gentes estar; y asi se han perdido
«y pierden las heredades que solian labrarse en las
«dichas tierras, y todo el pasto y aprovechamiento de
«las dichas tierras marítimas, y las rentas reales de
«V. M. por esto tambien se disminuyen, y es grandí-
«sima inominia para estos reinos que una frontera sola

«como Argel pueda hacer y haga tan gran daño y
«ofensa á toda España: y pues V. M. paga en cada
«un año tanta suma de dinero de sueldo de galeras
«y tiene tan principales armadas en estos reinos, po-
«dríase esto remediar mucho, mandando que las di-
«chas galeras anduviesen siempreguardando y defen-
«diendo las costas de España sin ocuparse en otra co-
«sa alguna. Suplicamos á V. M. mande ver y consi-
«derar todo lo susodicho; y pues tanto va en ello,
«mande establecer y ordenar de manera, que á lo
«menos el armada de galeras de España no salga de
«la demarcacion della, y guarde y defienda las cos-
«tas del dicho mar Mediterráneo dende Perpiñan
«hasta el estrecho de Gibraltar, é hasta el rio de Se-
«villa; y V. M. mande señalarles tiempo preciso que
«sean obligados á andar en corso y en la dicha guar-
«dia, sin que dello oseen exceder: porque en esto hará
«V. M. servicio muy señalado á Nuestro Señor y gran
«bien y merced á estos reinos (1).»

Esta sola petición de los procuradores de las ciu-
dades nos revela los daños que á la agricultura y al
comercio de España estaban causando los corsarios
turcos y moros, la necesidad de defender nuestras
costas, y los motivos que tuvo Felipe II. para tomar
las providencias que en esta materia adoptó á luego
de su venida á España, mejor que todo lo que nos di-
cen cuantas historias hemos leído.

(1) Petición 97.^a de las Cortes de Toledo de 1559 y 60.

Uno de los corsarios que mas estragos habian causado en las costas de los dominios españoles, asi de la península, como de Italia y las Baleares, era aquel famoso Dragut, antiguo compañero y sucesor de Barbaroja, de quien dimos noticia en el reinado de Carlos V., el conquistador y defensor terrible de la ciudad de Africa, y el que habia tenido la culpa de que el turco se apoderára de la ciudad de Trípoli, que poseian los caballeros de Malta ⁽¹⁾. Felipe II., en vez de obrar como le aconsejaban y pedian los procuradores, empleando la armada en defender las costas del Mediterráneo, «y no en otra cosa alguna, y sin que de él osáran exceder,» tuvo por mejor complacer al gran maestro de Malta y al duque de Medinaceli, virey entonces de Sicilia ⁽²⁾, que le habian pedido con muchas instancias les diese una armada para la reconquista de Trípoli, aprovechando la ocasion de hallarse Dragut en lo interior de Africa haciendo la guerra á uno de los reyes de Berbería. Envió pues el rey una flota á Mesina á cargo de don Juan de Mendoza, y con estas naves y las galeras de Sicilia, Nápoles, Roma, Malta y Florencia, y con la española, tudisca é italiana, juntó el duque de Medinaceli hasta cien velas entre pequeñas y grandes y sobre catorce mil soldados. Pero anduvo el duque virey tan poco

(1) Véase el cap. XXX. del libro precedente.

(2) No de Nápoles, como dice equivocadamente el señor Sabau

en sus Tablas cronológicas: de Nápoles lo era don Perafán de Rivera.

diligente, que cuando partió de Mesina con su armada (28 de octubre, 1559), habia dado lugar á que Dragut, que habia vuelto victorioso á Trípoli, se apercibiera del objeto de la armada cristiana, metiera en Trípoli un refuerzo de dos mil turcos, y avisara al sultan de Turquía para que le socorriera contra los cristianos.

Comenzó bajo malos auspicios esta expedicion, por otra parte mal preparada. Los alimentos y provisiones que llevaban eran pocos y malsanos; y ya en Siracusa, donde los vientos contrarios obligaron á la armada á detenerse, perecieron de enfermedades y malas comidas hasta cuatro mil hombres, y diez naves se quedaron sin gente, lo cual dió tambien ocasion á tumultos, escesos y deserciones. Ultimamente, despues de no pocas averías y desastres, y casi consumidos ya los bastimentos, el duque continuó su derrota con la gente y naves que le quedaban, y que él creía le bastaban para su empresa. Mas en vez de marchar derecho sobre Trípoli, se encaminó á la isla de los Gelbes (febrero, 1560), de fatal recuerdo para los españoles. Perdió allí un tiempo precioso; las enfermedades proseguian, los viveres no abundaban, muchos querian volverse á Sicilia, que hubiera sido el partido mas prudente, y en varios combates con los moros se perdieron algunos excelentes capitanes españoles. Pero al fin logró apoderarse del castillo, y que el jeque prestára juramento de fidelidad al rey

de España y ser tributario suyo (marzo). Hizo fortificar con grandes baluartes aquel castillo, contra el parecer de muchos de sus oficiales, que le aconsejaban le demoliere y fuese á atacar á Dragut en Trípoli; bien que de contraria opinion era el valeroso capitán don Alvaro de Sande, el cual se daba cuanta prisa podía á bastecer la fortaleza de artillería, municiones y vituallas, no pudiendo por otra parte persuadirse de que viniese la armada turca en socorro de Dragut y de los moros.

Egañóse en esto don Alvaro tanto como el de Medinaceli, y ambos se llenaron de consternacion cuando supieron que la armada del sultan, conducida por el almirante Pialy, ya conocido por sus estragos en las costas de Italia, se aproximaba á los Gelbes (mayo, 1560). Todo fué entonces confusion y desorden; los moros de la isla, en quienes antes se habian fiado, se volvian en favor de los turcos; las tropas no se hallaban en disposicion de resistir á tan fuerte enemigo; el duque no era gran práctico en las cosas del mar, y al ver su irresolucion y su aturdimiento, cada nave y cada capitán trató de salvarse como pudo. Muchas galeras con la precipitacion se estrellaron en los escollos, otras encallaron en los bajíos, las naves gruesas y pesadas antes de desplegar las velas fueron entradas por los turcos con miserable estrago, apresaron aquellos treinta bageles, mataron mas de mil hombres é hicieron cinco mil prisioneros. Los malteses,

mas concedores de aquellos mares, fueron los que se salvaron. El duque y Juan Andrea Doria, sobrino del famoso almirante genovés, con algunos otros oficiales, pudieron salir de noche del canal sin ser vistos, y arribar con algunas galeras á Malta y Sicilia.

No paró en esto solo la desastrosa jornada de los Gelbes. El virey, que tan en mal hora la habia preparado y con tan poco acierto dirigido, habia dejado encomendada la defensa del castillo y el gobierno de la isla al valeroso don Alvaro de Sande, ofreciéndole que pronto le enviaria socorros. Este intrépido jefe hizo una defensa heróica contra doce mil turcos y multitud de moros insulares que cercaron la fortaleza al mando de Dragut y Pialy reunidos. No hubo trabajo que los sitiados no pasaran, ni proeza que no hicieran en cerca de mes y medio que duró el cerco. Hambre, sed, calor abrasador, enfermedades, combates diarios, salidas vigorosas, asaltos repetidos, luchas desesperadas, fatigas increíbles, mortandad, miseria, todo lo que en tales casos puede poner á prueba el valor de los hombres, todo lo sufrieron don Alvaro y los suyos, y no fué poco el estrago que causaron á los enemigos. Cuando Pialy y Dragut, viéndolos reducidos á la situacion mas lastimosa, les intimaron la rendicion ofreciéndoles la vida, á la voz del altivo don Alvaro de Sande unieron las suyas todos los que quedaban para contestar que no querian sino morir con honra peleando por su religion y por su

patria. Y haciendo una salida impetuosa á la media noche, forzaron las trincheras, mataron muchedumbre de turcos, y hubieran llegado hasta la tienda de su general si no los detuvieran los genizaros, con los cuales lucharon á la desesperada hasta morir casi todos. Don Alvaro con otros dos oficiales se abrió intrépidamente paso por lo mas espeso de las filas enemigas, y ganando la playa subió á bordo de un navío español barado en la costa, donde le descubrió la luz del dia con la rodela en un brazo y la espada en la mano rodeado de turcos, que parecia no querer acabarle, respetando un hombre de tan heroico valor. Un renegado genovés le instó á que rindiera las armas bajo el seguro de entregarle al almirante turco, y con toda consideracion fué conducido á la capitana.

Los turcos entraron en el desmantelado castillo (fin de junio, 1560), degollando ó encadenando los pocos soldados que encontraron. El esforzado don Alvaro de Sande, don Gaston de la Cerda, hijo del duque de Medinaceli, los capitanes don Sancho Martinez de Leiva, don Berenguer de Requesens, Galeazo Farnesio, don Juan de Córdoba y algunos otros oficiales distinguidos fueron llevados á Constantinopla. Tal fué la famosa jornada del duque de Medinaceli á los Gelbes, isla fatal á los españoles desde la primera invasion del conde Pedro Navarro en los tiempos de Fernando el Católico, y que nos recuerda tambien el desastre de don Pedro de Toledo en los de Carlos V. La

defensa del castillo de los Gelbes contra Pialy y Dragut por don Alvaro de Sande en 1560 nos trae á la memoria la de Castelnovo contra Barbaroja y Ulamen por el español don Francisco Sarmiento en 1539. Ni una ni otra sirvieron sino para acreditar el valor español á costa de preciosa sangre española en defensa de fortalezas que nada le importaba á España poseer, y en esto se consumian sus caudales y sus hombres.

El almirante Pialy partió al poco tiempo para Constantinopla, llamado por Soliman para emplearle en las guerras de Arabia, mas no lo hizo sin estragar antes las costas de Sicilia y de la Calabria Ulterior, y prosiguiendo para Mitilene y Gallipoli arribó triunfante á la capital del imperio otomano (27 de setiembre) con los cautivos españoles. Destinó el sultan á don Alvaro y sus compañeros á la torre del Perro en el Mar Negro, donde murió el hijo de Medinaceli. Los demas permanecieron hasta 1562, en que con motivo de un tratado de paz entre Soliman y el emperador don Fernando fué concertado en uno de los capitulos el rescate de estos ilustres prisioneros, bien que á algunos se les propinó pérfidamente un tósigo, y no pudieron volver á servir ⁽¹⁾.

Las posesiones españolas de la costa de Africa eran

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II. lib. V.—Herrera, en la General del Mundo.—Leti, Vita, p. I., libro XV.

En 1560 murió el famoso almirante genovés, principe Doria, á

la edad de 93 años, dejando á su sobrino Juan Andrés, ó Juanetin Doria, heredero de su valor y de su espíritu. La vida de aquel ilustre marino fué escrita en italiano, por Lorenzo Capellani.

otros tantos monumentos gloriosos del poderío á que habia llegado la nacion en el reinado de los Reyes Católicos, de las hazañosas empresas del cardenal Cisneros y del conde Pedro Navarro, y de los esfuerzos vigorosos, alternativamente desgraciados y felices, del emperador Carlos V.: pero eran tambien un padrastró de España. Siempre amenazadas y siempre en peligro, su conservacion costaba á España una especie de sangría continua de hombres, de naves y de dinero. Felipe II. lo empezó á experimentar con el desastre de los Gelbes, uno más en la série de los que habian sufrido en aquellos mares y en aquellas costas las armadas de sus antecesores. Supo despues que el virey de Argel, Hassen, hijo de Barbaroja, trataba de enviar una flota para levantar los moriscos de Valencia y dar pasage para Africa á muchos, y tomó la determinacion de desarmarlos á todos (1562), como ya en las Córtes de 1560 le aconsejaban con mucha prevision los procuradores que lo hiciese con los de Granada (1). La operacion se ejecutó bien y sin escitar alboroto.

Pero el mismo Hassén, alentado con la derrota de los españoles en los Gelbes, proyectó luego la conquista de Oran y de Mazalquivir, para lo cual juntó un poderoso ejército. Otra vez tuvo Felipe II. que armar y equipar una flota de veinte y cuatro galeras que mandó construir en Barcelona, trayendo árboles

(1) Petición 87.^a

de Flandes, remos de Nápoles, arcabuces y picas de Vizcaya, de la cual hizo general á don Juan de Mendoza, dándole cerca de cuatro mil hombres de los que habian venido de los Países Bajos. La fatalidad mas siniestra parecia presidir á las expediciones á Argel. Apenas esta armada habia salido del puerto de Málaga, levantóse una tempestad tan furiosa, que las mas de las naves se hicieron pedazos en las rocas, anegándose otras, y con ellas toda la gente de guerra y remo, incluso el mismo don Juan que la mandaba.

Animado con esta catástrofe el virey argelino, redobló sus escitaciones á los príncipes mahometanos para que le ayudaran en la empresa de Oran y Mazalquivir, y en su consecuencia llegó á ponerse sobre esta última plaza con treinta galeras y un ejército de cien mil hombres (marzo, 1563). El conde de Alcaudete, que gobernaba aquellas tierras, había fiado la defensa de Mazalquivir á su hermano don Martin de Córdoba, resueltos ambos á sostener hasta el último trance aquellas plazas y el honor de las armas españolas. El conde hacía arrojadas acometidas desde Oran contra los sitiadores, y don Martin rechazaba con no menos arrojo los asaltos. Once veces se vió asaltada la plaza por la numerosa morisma: los infieles llegaron en varias ocasiones á plantar sus estandartes sobre las ruinas de la muralla (mayo, 1563). El rey, que no desconocia el apuro en que debia hallarse la guarnicion de Mazalquivir, no omitia tampoco dili-

gencia para enviarle socorro de España, y haciendo venir naves de Italia á Barcelona, y levantando gente en Andalucía, despachó una nueva armada al mando de don Francisco de Mendoza, la cual, tan pronto como llegó á la vista de Mazalquivir, acometió la flota enemiga, le apresó nueve naves y ahuyentó las demás, mientras los del fuerte y los de Oran, alentados con este refuerzo, atacaban briosamente las tropas de Hassen. Levantó pues el argelino cobardemente el cerco á pesar de la gran superioridad numérica de sus fuerzas, y huyó precipitadamente á Argel (junio). Fué persiguiéndole don Francisco de Mendoza, pero no pudo darle alcance. Reforzó las guarniciones de las dos plazas, las surtió de bastimentos, y dió la vuelta á España, donde fué recibido con gran júbilo. No dejó el rey sin premio á los heróicos defensores de Oran y Mazalquivir: hizo al conde de Alcaudete merced del vireinato de Navarra, premió con bastante liberalidad á su hermano don Martin de Córdoba, y no dejó sin recompensa ni á los oficiales y soldados que habian sufrido los trabajos y penalidades del sitio, ni á las mugeres y familias de los que habian perecido en él (1).

Hecho el socorro de Oran, é instado el rey por don Pedro de Venegas, gobernador de Melilla, resol-

(1) Don Luis de Cabrera, en el libro IV. de su Historia de Felipe II., cap. 9, 10, 12, y 13, refiere largamente los pormenores de este sitio por los diarios de Orán que tuvo á la vista, y rectifica varias equivocaciones en que incurrió Herrera en la General del Mundo.

vió emplear la armada en la conquista ó recuperacion del Peñon de Velez de la Gomera que desde 1522 habia caido en poder de turcos y moros, y estaba siendo nido de corsarios que molestaban y dañaban la costa fronteriza de Andalucía, y eran una tentacion peligrosa para los moriscos granadinos. Para esta empresa fué nombrado genèral, á causa de haber muerto en Málaga don Francisco de Mendoza al salir con la espedicion, don Sancho Martinez de Leiva, general que habia sido de las galeras de Nápoles. Adelantóse con ocho galeones el intrépido y hábil marino don Alvaro de Bazan, y seguiale el resto de la armada. Esta espedicion, á pesar de las esperanzas, y facilidades que habia dado Venegas, no produjo otro resultado que algunos encuentros con los moros de las sierras, pues reconocido el Peñon por don Sancho, y habido consejo de capitanes, se resolvió no acometerle por no considerarse con suficientes fuerzas para ello, y se acordó reembarcar la gente, y regresó la flota á Málaga (6 de agosto, 1563).

Esto encendió al rey don Felipe en mas vivos deseos de reconquistar el Peñon, en el cual todas las ciudades comerciales del litoral del Mediterráneo veian tambien un estorbo para su tráfico. Preparó pues otra mayor y mas respetable armada, compuesta de noventa y tres galeras y sesenta buques menores, llevando á bordo trece mil soldados españoles, italianos, alemanes y flamencos. El rey de Portugal y el gran

maestre de Malta ayudaron con sus fuerzas á esta empresa. Habiendo fallecido el gran almirante genovés príncipe de Melfi Andrea Doria, dió el rey don Felipe el almirantazgo del Mediterráneo y el mando de esta armada á don García de Toledo, marqués de Villafranca, duque de Fernandina, gobernador de Cataluña y sucesor del duque de Alcalá, virey ya de Nápoles. Parecía demasiada fuerza pura tal empresa, pero el rey quería asegurarla. Iba también don Sancho Martínez de Leiva, el gefe de la primera expedición. Era alcaide del Peñon el famoso corsario Cara-Mustafá, gran inquietador de aquellas costas y mares, que se creía invencible y seguro al abrigo de aquella formidable fortaleza, situada entre el continente y el mar sobre una escarpada roca, defendida por la naturaleza y por el arte, con muros flanqueados de bastiones y guarnecidos de gruesas baterías. Mustafá, noticioso de la expedición que contra él se preparaba, se habia provisto de bastimentos para un año, y aguardaba confiadamente, sin que por eso dejara de avisar al rey de Fez y pedirle que le ayudara contra los cristianos.

Tan pronto como estos desembarcaron, presentaron multitud de moros montaraces sobre las sierras y montañas por cuya falda tenia que pasar el ejército cristiano para acercarse á la fortaleza. Prosiguió este su marcha mirándolos con desdeñosa serenidad, mas cuando se acercó al Peñon, parecióles á muchos ofi-

ciales que era intento temerario el de tomar una fortaleza de tan singular asiento y que parecia inexpugnable. Tal vez por creerlo así también el mismo Mustafá, habia salido con sus naves á correr la costa de Levante por no perder sus presas, dejando confiada la defensa del fuerte al renegado Ferret con doscientos turcos. Intimidáronse estos á la vista de las poderosas fuerzas cristianas, y el pánico se apoderó de ellos cuando vieron desmontados algunos de sus cañones y derribada una parte del fuerte por la artillería gruesa de las galeras españolas. El renegado Ferret huyó á tierra con la mayor parte de su gente, y con aviso de otro renegado albanés se acercó Juan Andrés Doria con doce soldados á la puerta del fuerte, que un alférez turco con tres moros les franquearon, pidiendo libertad para otros veintisiete que habian quedado (5 de setiembre, 1564). Entraron los aliados en el Peñon, donde hallaron veinticinco cañones con mucha munición y vituallas, y don García de Toledo, dejada la competente guarnición en el fuerte, y despedidas las flotas de Portugal y de Malta, dispuso el reembarque de las tropas, que fué trabajoso y costó muy reñidas escaramuzas con el xerife de Fez que habia llegado con gran chusma de moros. Al fin se reembarcó la gente, y llegaron todos á Málaga, donde fueron recibidos con grandes aclamaciones, y desde donde se dió al rey aviso de tan feliz suceso (1).

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II. lib. VI.—Bertót, Histoire des Che-
TOMO XIII. 7

Nombrado don García de Toledo virey de Sicilia en premio de esta conquista, partió para su destino, dejando en Córcega á Juan Andrés Doria con algunas banderas, otras en Génova con Estéfano Doria y don Lorenzo Suarez de Figueroa, y pagó y licenció las tropas alemanas. La conquista del Peñon de la Gome-
ra, tanto como llenó de alegría á las provincias meridionales de España, inquietó y alarmó á las berberiscas, las cuales recurrieron al sultan suplicándole emprendiera arrojar de él y de todas las posesiones de Africa á los españoles. Pero al propio tiempo le instaban sus súbditos á que tomara venganza de los caballeros de Malta, que en todas las empresas ayudaban á los españoles. Soliman, aunque cargado ya de años, no menos ambicioso que en su juventud, determinó vengarse á un tiempo de la orden de Malta y del rey de España. Indeciso algun tiempo sobre si dirigiria primero sus fuerzas á Malta ó á Sicilia, resolvió por último acometer primeramente aquel baluarte de los caballeros cristianos. Pero esta empresa por las grandes proporciones que tomó, y no pertenecer ya á las posesiones españolas de Africa, merece ser referida separadamente.

valiers de Malte.—Discurso de la jornada que se ha hecho con las galeras que adelante se espresarán en este año de 1564 por mandado de la Magestad del Rey de España don Felipe II. nuestro señor, siendo capitán general de la *mar el excelente señor don García de Toledo.—Archivo del excelentísimo señor marqués de Santa Cruz, núm. 15 del legajo 6.—Y en el tomo XIV. de la Coleccion de documentos inéditos.*

CAPITULO IV.

MALTA.

1565.

Memorable sitio de Malta por la armada y ejército de Turquía.—Medidas de defensa del gran maestro de la orden La Valette.—Atacan los turcos á San Telmo.—Defensa brillante de los caballeros de la religion.—Carácter imperturbable y heroico del gran maestro.—Hechos repetidos de heroismo.—Asaltos: resistencia vigorosa: conflictos: sacrificios sublimes.—Peligro de la isla.—Reclama el gran maestro el socorro prometido de España.—Contestaciones del virey de Sicilia.—Dilaciones.—Conducta de Felipe II. en este negocio.—Causas de la detencion del socorro de España.—Llega la armada española á Malta.—Fuga y derrota de la escuadra y ejército otomano.—Inmortalidad que alcanzó el gran maestro La Valette.—Temores de nueva invasion por mayor ejército turco.—Se desvanecen.—Muerte de Soliman II.

Para quedar desembarazados de las guerras que por este tiempo movieron á España los infieles, y con que distrajeron las fuerzas marítimas de este reino, vamos á dar cuenta del memorable sitio que contra todo el poder del imperio otomano sufrió la isla de Malta, que hizo inmortal el nombre del gran maestro de los caballeros de aquella orden Juan Parisot de